



Ignacio Ellacuría... homenaje a xxv años de su martirio

Ellacuría testigo universitario

Rafael Velasco¹

Compañía de Jesús, SJ
rafavelascosj@yahoo.com.ar

Modo de citar: Velasco, R. (2015). Ellacuría testigo universitario. *Pelicano*, 1. Recuperado de <http://pelicano.ucc.edu.ar/ojs/index.php/pel/article/view/17/12>

Resumen

La figura de Ignacio Ellacuría es, sin dudas, una figura con luz propia y que convoca a la reflexión. La memoria y la celebración de los 25 años de su martirio y el de sus compañeros puede tener varios puntos de vista, ya que Ellacuría fue cristiano antes que nada, católico como modo de ser cristiano y jesuita como modo de ser católico.

Y como jesuita destacó como universitario. No solo por su cargo de Rector de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, sino porque ideó y plasmó un proyecto de Universidad. Un proyecto que fue haciéndose realidad y que finalmente en su realización histórica le costó la vida a él y a sus compañeros. Su visión y proyecto universitario es un faro que aún alumbró y señala caminos.

Mi intención en estas reflexiones es describir –sucintamente– cómo Ellacuría concebía a la Universidad: sus fines y objetivos. Y el proceso transformador que implicaban esos objetivos. Finalmente quisiera reflexionar, también, acerca de su legado.

Palabras claves: Ignacio Ellacuría, Jesuita, Universidad, Actor social, Política.

La finalidad de la Universidad

La Universidad según Ellacuría, debe dedicarse desde su propia realidad histórica y su “tesitura universitaria, a la negación de una sociedad injusta y a la construcción de una nueva sociedad” (Ellacuría, 1999 [1975], p. 50). Por lo

tanto, “su sentido último y lo que la universidad es como realidad histórica debe mensurarse desde el criterio de su incidencia en la realidad histórica, en la que se da y a la que sirve” (Ellacuría, 1999 [1975], p. 50).

Planteado así, el fin de la Universidad es claramente político. Político, claro está, desde una perspectiva universitaria. Viene bien aquí hacer una cita un poco larga del mismo Ellacuría sobre el carácter político de la Universidad ya que él lo explica de manera clara.

Esta afirmación [del carácter político de la Universidad] puede parecer, a primera vista, que lleva a una politización desfiguradora de la auténtica labor universitaria, en lo que tiene de esfuerzo teórico por saber y por posibilitar un hacer desde ese saber. Sin embargo no tiene por qué ser así. Y para que no lo sea es necesario preguntarse muy explícitamente por la dimensión política de la universidad, porque esta dimensión es un hecho innegable y un hecho de grandísima importancia para su orientación misma. El carácter distinto de la universidad no estará, entonces, en no cumplir con su misión política, sino en cumplirla de otra manera. Esa es la cuestión. Si no se la afronta [a esta misión], además de dar pasó a constantes contradicciones internas que tensionan y acaban imposibilitando el trabajo universitario, dejan a la universidad sin norte y, lo que es peor, a merced de presiones incontroladas por ella (Ellacuría, 1999 [1975], p. 51).

Es claro que según el pensamiento de Ellacuría, la Universidad es un actor social y político de peso. No es posible entenderla de otro modo. Forma profesionales para una determinada sociedad. Investiga los problemas de esa sociedad.

De estas afirmaciones surgen entonces muchas preguntas: ¿desde qué perspectiva la Universidad ejerce su misión? Opera en una sociedad surcada por tensiones políticas, por intereses. Ella misma se ve afectada por tensiones e intereses. Entonces, ¿cuáles son sus intereses? Los de la universidad, digo. Deben

¹ Licenciado en Teología Espiritual (UPCO). Ex rector de la Universidad Católica de Córdoba. Docente en Facultad de Teología Colegio Máximo San José.



ser claramente explicitados. Sus intereses y sus opciones.

El conocimiento, lo sabemos, no es aséptico ni inocente. El conocimiento es *interesado* como afirmaba Jürgen Habermas. Todo pretendido apoliticismo universitario –caballito de batalla de los sectores dominantes para seguir haciendo lo que ellos quieren sin ser puestos en cuestión– es una excusa ingenua.

La universidad no es un monasterio aislado del mundanal ruido. Es en el mundo, está compuesta por personas que viven en un mundo en tensión y convulsión. ¿Qué tiene para decirles, para enseñarles, para ayudarles a pensar críticamente? ¿Desde qué lugar se posiciona ante los problemas de la realidad? No puede ser neutral en una realidad lacerada por la injusticia, la desigualdad, la inequidad, la corrupción y la falta de oportunidades para grandes mayorías. Debe tomar partido.

Ellacuría continúa diciendo:

Una universidad de inspiración cristiana no puede tener dudas sobre el partido que ha de tomar. No siendo posible en un determinado momento histórico, la superación anuladora de las diferencias, tiene que ponerse de parte de aquellos sectores, que no sólo son la mayoría, una mayoría tan aplastante, que ya sólo por esta razón cuantitativa puede considerarse como la auténtica representativa de los intereses generales, sino que son la mayoría injustamente deshumanizada. En este sentido, no pueden ser [los intereses de] las clases dominantes el criterio de su orientación, sino los intereses objetivos, científicamente procesados, de las mayorías oprimidas (Ellacuría, 1999 [1975], pp. 54-55).

La misión universitaria, entonces, no es aséptica y mucho menos a-política. Implica entonces, hacer opciones determinadas, que serán el norte y que marcarán los intereses de la Universidad.

Horizonte; método, actitud y fin último de la universidad

Si aceptamos este sentido último para la Universidad –continúa razonando Ellacuría–, entonces debemos plantear con claridad algunas

cosas: el horizonte que la inspira; cuál es el campo en el que se da la acción universitaria; el método de incidencia en la realidad; la actitud de la universidad ante la sociedad y –por último– la finalidad de la acción universitaria.

a. El *horizonte* de la actividad universitaria es incidir en mejorar la vida de las grandes mayorías oprimidas y sufrientes; ese es el horizonte que debe animar la formación de profesionales, la producción de conocimiento y la vinculación de ese conocimiento con la realidad. El rostro del Dios sufriente en la humanidad sufriente y expectante es el horizonte último de cada clase, cada investigación, cada *paper* publicado, cada transferencia tecnológica, cada acción de proyección social de la Universidad

b. El *campo* en el que se da la actividad universitaria es el campo de la cultura. Cultura entendida no desde el sentido clasista, sino como el modo en que los seres humanos afrontamos la vida y la muerte. La universidad – en palabras de Ellacuría– debe hacer de sus miembros “cultivadores racionales de la realidad”.

c. El *método* eficaz de la acción universitaria es la palabra. Creemos en la fuerza de las palabras. Toda reflexión filosófica, jurídica, sociológica, pedagógica, epistemológica... se construye de palabras. Las palabras evocan realidades, *por la palabra fueron hechas todas las cosas*, afirmamos los cristianos. Pero no es cualquier palabra. Es una palabra universitaria. Por lo pronto debe ser una palabra sólida y eficaz. La solidez y eficacia de esa palabra se apoya, ante todo, en que tenga racionalidad y científicidad. En nuestra cultura el saber es cada vez más un poder, sobre todo si ese saber es por su propia naturaleza, efectivo. Y el saber universitario será efectivo cuando proponga las mejores y más eficaces soluciones a los problemas apremiantes de la sociedad, en particular de los sectores más vulnerables y vulnerados.

d. La *actitud* de la Universidad ante la realidad debe ser crítica y constructiva (Ellacuría hablaba de una actitud *beligerante*). La universidad si bien debe formar profesionales para este mundo, no



puede pensarse como una fábrica de profesionales, ni concebirse a sí misma en base al seguidismo del mercado. No puede hacer a-criticamente lo que el mercado le pide, formar los profesionales que le reclama el mercado o investigar lo que da plata o contribuye a determinados intereses económicos sin detenerse a hacer una crítica del estado de cosas que reproduce injusticia y desigualdad por todas partes. Una desigualdad promovida y esparcida por el mercado en el que suelen ganar los mismos siempre y en el que los perdedores, ya se sabe, son también los de siempre: los excluidos y las grandes mayorías empobrecidas. Por eso, la Universidad debe ser crítica lúcidamente de todos los poderes, los poderes políticos, económicos y religiosos, para que su acción sea libre y capaz de transformar desde las causas y formar profesionales capaces de transformar la realidad.

e. El *objetivo último* de la actividad universitaria es el cambio de las estructuras. No busca solo formar otro tipo diferente de profesionales, sino que busca formar una sociedad diferente. Por eso la Universidad debe tener en su horizonte último la intención de transformar la sociedad desde sus estructuras para que haya de verdad más y mejor educación, acceso a la salud para los pobres, acceso a la justicia para todos y en particular para los sectores más desfavorecidos de la sociedad.

¿Cómo hacer eso?

Planteados estos objetivos, métodos y fines, la Universidad entonces debe reformularse a sí misma y sus funciones sustantivas: docencia, investigación y proyección social.

Respecto de la docencia, Ellacuría decía que la Universidad debe “reestructurar drásticamente su docencia desde lo que es la realidad nacional y en dirección de lo que debe ser la realidad nacional” (Ellacuría, 1999 [1975], p. 85). Eso implica orientación de los planes de estudio y favorecer experiencias que generen otra mirada crítica y constructiva respecto de la sociedad. Implica también seleccionar las carreras que se quieren privilegiar.

En cuanto a la investigación, la Universidad debe reformular profundamente el sentido, los fines y cometidos de la producción de

conocimiento. En este sentido, dice también no cabe duda que la investigación debe tener un sentido político, el mismo sentido político que tiene la universidad. Por ello es ésta [la universidad] quien debe llevar la dirección de la tarea investigativa [opciones, áreas problemas, perspectivas] y no estar a merced de demandas que otros proponen (Ellacuría, 1999 [1975], p. 84).

Respecto de la proyección social de la Universidad, Ellacuría afirmaba: “la llamada ‘extensión universitaria’ no debiera concebirse meramente como un llevar a la universidad hasta ciertos grupos que normalmente no acceden a ella, sino como un alcanzar directamente la conciencia colectiva de la nación” (Ellacuría, 1999 [1975], pp. 87).

Como se ve, estas pinceladas aquí descritas exigen un modo diferente de organizar la Universidad y su cultura institucional, justamente porque se organiza de acuerdo a su misión y su centro. Y el centro de la Universidad está justamente fuera de la Universidad: en la realidad.

“Naturalmente crucificado...”

A 25 años del martirio de Ellacuría y sus compañeros universitarios... ¿qué nos queda como herencia universitaria?

En primer lugar, una idea de Universidad más vigente que nunca, porque las grandes mayorías siguen siendo mayorías postergadas y la vocación de la Universidad sigue siendo –otra vez en palabras de Ellacuría– “ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen su verdad y su razón” (Ellacuría, 1982).

Quedan, además, sus ideas y sus realizaciones. Su germen lúcido y luminoso en tantas universidades de la Compañía.

Sin embargo, tal vez eso no sea lo más importante (aunque ciertamente es altamente significativo). Lo que de verdad hace arder con fuerza inusitada su palabra y sus ideas es el testimonio que rubrica su vida. Su martirio.

Como siempre en el cristianismo, la verdad de las cosas se dirime en la Cruz. El testimonio



máximo del amor no está claramente en la acción –aunque lo que se haga sea mucho– sino en la Pasión. En la pasión con que se vive, y fundamentalmente, en la Pasión con mayúsculas, la que se da en el paso de Dios por la vida de una persona y una institución. La vida y la pasión del profeta acreditan finalmente su obra. Acreditan que no es su obra sino obra de Dios.

Y por eso es una obra significativa que ha trascendido a las personas y al tiempo. Pero esta significatividad –en cristiano– reside en identificarse con la vida y las opciones de Jesús “que para los sabios fue un necio, para los piadosos un escándalo y un revolucionario para los gobernantes, siendo por eso, naturalmente, crucificado” (Moltmann, 1977, pp. 17-18).

Hoy los que tienen intereses contrarios a los de las grandes mayorías y a los de Jesucristo ya no suelen cometer la torpeza de las balas. Si no pueden comprar o amedrentar, entonces calumnian, desacreditan, descalifican por los medios. Pero no hay que engañarse, hoy el desafío para las universidades y los universitarios sigue siendo el mismo: el testimonio. El martirio.

Para la Iglesia, el testigo, es decir el mártir, es alguien que ya está junto a Dios. No necesita ya de los engorrosos y onerosos trámites eclesiásticos para ser admitido en el catálogo de los santos. El testimonio de la entrega de su vida ya nos da la certeza de que comparte la gloria con Cristo. Por eso podemos rezarles a ellos.

Por eso mismo, quisiera terminar este homenaje con una oración. Una oración que compusiera Ricardo Falla, compañero y amigo de Ellacuría.

Ellacu, te rompieron a balazos la cabeza. Tu cabeza entrecana quedó sobre la grama. Quedó sin pensamientos, como si fuera un cuarto sin luz. Tus enemigos te odiaban y quisieron destruir tu gran inteligencia. Te consideraban el cerebro de la subversión dentro de la UCA y la Iglesia. No saben que tus ideas están intactas y están trabajando en miles de corazones dentro de El Salvador y en el mundo entero.

Ellacu, te silenciaron la palabra. Te pusieron por mordaza la húmeda tierra de la madrugada. Demasiadas veces te oyeron desde la Cátedra

de la Realidad Nacional en la UCA y desde los noticieros de la televisión. Tu palabra era incisiva y despiadada contra la injusticia. Tu palabra quitaba las máscaras de los más sutiles engaños. Ahora, desde la más alta elevación del predio universitario, como desde un monte Calvario, seguirás hablando con más fuerza. Tal vez ahora alcances lo que no pudiste en vida, la conversión de tus enemigos. Perdónalos, porque en realidad no saben lo que hacen.

Ellacu, te dejaron boca abajo. ¿Estás desesperado? ¿No quieres mirar más las estrellas de noviembre? Eras en verdad utópico. Pensabas en la tercera fuerza, querías la negociación, demasiado intentaste ser mediador, buscabas la paz en esta tormenta de odios, desde la Universidad quisiste abrir un camino distinto, y para esto oías a políticos de todos los bandos, escudriñabas embajadores, prestabas la cátedra a académicos, acudías a citas lejanas. Eras en verdad utópico, pero un utópico que nunca se cruzó de brazos. Te vemos ahora boca abajo. ¿Te desesperaste? ¿Tiraste la toalla? Comenzamos a entender que la tercera fuerza no era tercerismo, que la negociación no era claudicación, que la crítica a los revolucionarios no era obstáculo a la liberación, que tus pláticas con el presidente no eran traición a los pobres. Ahora tu utopía, ahora que no la lograste, nos empieza a alumbrar el camino.

Ellacu, te dejaron acostado para siempre junto a tus hermanos. Fuiste el líder de ellos. Los arrastraste hasta la muerte. Allí tienes a los tuyos, siempre fieles. Allí los tienes, dóciles, siguiéndote hasta el final, dispuestos a no dejarte, aunque a veces eras muy exigente con ellos. No moriste solo. Moriste en comunidad. No se equivocaron los enemigos. Tú no eras solo. Eras con los tuyos. Sin ellos no eras nadie.

Ellacu, te robaron el premio Comín. Te lo sacaron de tu cuarto, mientras otros te mataban. ¿Dónde están esos cinco mil dólares? A tu maestro lo vendieron por treinta monedas. Por ti pagaron más caro, y los trabajadores de la finca de Opico se quedaron sin casas. Tus enemigos les robaron el premio. No te preocupes. Tienes amigos. Acuérdate de tus viajes a Holanda, Estados Unidos, España... Los trabajadores de la finca de la UCA no quedarán desamparados.



Ellacu, ¿te tocaron el corazón? Tienes balas en la espalda. ¿Te raspó alguna el corazón? Era difícil llegar hasta tu corazón. A veces parecías sólo cabeza, parecías sólo justicia sin misericordia. Pero, a tu manera, eras tierno, eras querendón, necesitabas explayarte. Te hacían falta hijos. Querías locamente descendencia. Llevabas un vacío y una sombra te acompañaba.

Ellacu, ¿por qué te dejaste matar? Tan inteligente y no adivinaste que el cateo del lunes fue reconocimiento. Tu análisis era potente, pero no tenías presentimiento. Confiaste en la razón. Desconociste la hora de las tinieblas. Dos veces saliste de El Salvador, como tu maestro cuando cruzaba el Jordán. Ahora viniste demasiado eufórico de Europa, cargado de planes y proyectos. Caíste en la trampa que desde hacía tiempo te venían preparando. O tal vez estabas ya preparado para aceptar tu hora y sellar con sangre tu palabra.

Ellacu, ¿no tuviste miedo en la última hora?, ¿no sentiste la descarga de la adrenalina cuando a medianoche los bombazos rompieron los vidrios de la ventana? ¡Eras tremendamente sereno! Todavía te vestiste la bata. Todavía te calzaste unas sandalias para no herirte los pies. Quisiste encararte vestido al capitán del operativo, como todo un rector magnífico.

Ellacu, ¿rezaste antes de morir? Te vemos diciendo misa, sacerdote universitario. Pero nos cuesta imaginarte pidiendo ayuda. Tu postura final, sin embargo, es la de Jesús en el huerto con el rostro en la tierra, en señal de adoración abatida. *Ellacu*, acuérdate de nosotros ahora que estás en el reino. Háblale al Padre, usa tu dialéctica, no le metas sofismas. Esos ya no valen. Dile que oiga los lamentos de este pueblo. Tu mejor argumento ahora es tu sangre. Antes, algunos no te creíamos mucho. Decíamos que hablabas desde el aire acondicionado de la UCA. Ahora te ensuciaste, te anonadaste como tu maestro, vaciaste tus fuerzas y los restos de tu orgullo en la misma tierra de todos. Tu Padre en este momento escuchará tu oración sacerdotal.

Referencias bibliográficas

ELLACURÍA, I. (1999 [1975]). “Diez años después, ¿Es posible una universidad distinta?”

En Autor, *Escritos Universitarios*. San Salvador: UCA. Pp. 49-92.

ELLACURÍA, I (1982). Discurso en su doctorado honoris causa en Santa Clara, del 16 de junio de 1982. Publicado en: Una universidad para el pueblo. *Diakonia*, 23, 81-88.

MOLTMANN, J. (1977) *El experimento esperanza*. Salamanca: Sígueme.